»Si unís á esto, señor conde, mis dispendios extraordinarios por gastos de representacion antes, durante y despues del cónclave, dispendios aumentados por la presencia de la gran duquesa Elena, del príncipe Pablo de Wurtemberg y del rey de Baviera, encontrareis sin duda que los treinta mil francos que me habeis concedido estarán gastados con creces. El primer año del establecimiento de un embajador es ruinoso, siendo inferiores á las necesidades los subsidios destinados al objeto. Se necesitan casi tres años de permanencia para que un agente diplomático pueda encontrar el medio de satisfacer las deudas contraidas antes y ponga sus gastos al nivel de sus ingresos. Conozco toda la penuria del presupuesto del ministerio de Negocios Extranjeros: si tuviese por mí mismo alguna fortuna, no os importunaria: os aseguro que no hay cosa que mas me repugne que estos detalles de dinero, en los que una rigorosa necesidad me obliga á entrar bien á pesar mio.

»Recibid, señor conde, etc.»

FIESTA DE LA VILLA MÉDICIS POR LA GRAN DUQUESA ELENA.

Yo habia dado bailes y reuniones en Londres y en París, y aunque hijo de otro desierto, no atravesé del todo mal aquellas nuevas soledades; pero no habia sospechado lo que podian ser las fiestas en Roma: estas tienen algo de la poesía antigua, que coloca la muerte al lado de los placeres. En la *villa* Médicis, cuyos jardines son ya un adorno, y en donde recibí á la gran duquesa Elena, la perspectiva es magnífica: por un lado la *villa* Borghèse, con la casa de Rafael; por otro la *villa* de Monte-María y los sotos que costean el Tíber; por bajo del espectador Roma entera, como un antiguo nido de águilas abandonado. En medio de los bosquecillos se cruzaban con las descendientes de las Paulas y las Cornelias las bellezas llegadas de Nápoles, Florencia y Milan: la princesa Elena parecia su reina. Bajando Boreas de repente de la montaña, desgarró la tienda del festin, y huyó con pedazos de lienzo y de guirnaldas, como para darnos una idea de todo lo que el tiempo ha barrido sobre aquella orilla. La embajada estaba consternada, y yo experimentaba cierta alegría irónica al ver que un soplo del cielo se llevaba mi oro de un dia y mis goces de una hora. El mal fue prontamente reparado: en vez de almorzar en el terrado, almorzamos en el elegante palacio: la armonía de las trompas y de los oboes, dispersada por el viento, tenia algo del murmullo de mis selvas americanas. Los grupos que se regocijaban en los vendabales; las mujeres cuyos velos sacudidos azotaban sus rostros y sus cabellos; el *saltarello* que continuaba con el temporal; la improvisadora que declamaba á las nubes; el globo que subia oblícuamente con la cifra de la hija del Norte; todo esto daba un carácter nuevo á aquellos juegos á que parecian mezclarse las tempestades ordinarias de mi vida.

¡Qué prestigio para cualquier hombre que no hubiese contado su porcion de años, y hubiese pedido ilusiones al mundo y á la tempestad! Trabajo me cuesta á mí acordarme de mi otoño cuando en mis reuniones veo pasar delante de mí esas mujeres de la primavera que giran entre las flores, los conciertos y las arañas de mis continuadas galerías: parecen cisnes que nadan hácia climas radiantes. ¿A dónde van? Unas buscan lo que ya han amado; otras lo que no aman todavía. Al fin del camino caerán en estos sepulcros abiertos siempre aquí, en estos antiguos sarcófagos que sirven de taza á fuentes suspendidas en pórticos, é irán á aumentar tantas cenizas leves y encantadoras. Aquellas olas de bellezas, diamantes, flores y plumas se agitan al sonido de la música de Rossini, que se repite y debilita de orquesta en orquesta. ¿Es esa melodía el suspiro de la brisa que yo oia en las sábanas de las Floridas, el gemido que oí en el templo de Erechteo en Atenas? ¿Es la queja lejana de los aquilones que me mecian en el Océano? ¿Estaria oculta mi sílfide bajo la forma de algunas de aquellas brillantes italianas? No: mi driada ha permanecido unida al sauce de las praderas, en donde yo hablaba con ella al otro lado del bosque de Combourg. Soy bien estraño á esos regocijos de la sociedad que sigue mis pasos hácia el término de mi carrera; y sin embargo, hay en esta vision una especie de embriaguez que me sube á la cabeza, y de la que solo puedo librarme yendo á refrescar mi frente á la plaza solitaria de San Pedro ó al Coliseo desierto. Entonces los pequeños espectáculos de la tierra se hunden, y nada encuentro igual al brusco cambio de la escena que las antiguas tristezas de mis primeros dias.

MIS RELACIONES CON LA FAMILIA BONAPARTE.

Voy á consignar aquí ahora mis relaciones como embajador con la familia Bonaparte, á fin de vindicar á la restauracion de una de esas calumnias que se le echan en cara.

La Francia no ha obrado sola en el destierro de los miembros de la familia imperial; no ha hecho mas que obedecer á la dura necesidad impuesta por la ley de las armas: los aliados fueron los que provocaron ese destierro. Convenios diplomáticos, tratados formales pronunciaron el destierro de los Bonapartes, les prescribieron hasta los sitios en donde deben habitar, y no permitieron á un ministro ó á un embajador de las cinco potencias dar *por sí solo* un pasaporte á los parientes de Napoleon, sino que se exigió el visto bueno de los otros *cuatro* ministros ó embajadores. ¡Tanto asustaba á los aliados aquella sangre de Napoleon, aun cuando no corriese por sus propias venas!

A Dios gracias, jamás me he sometido á esas medidas. En 1823, sin consultar á nadie, á despecho de los tratados y bajo mi propia responsabilidad, como ministro de Negocios Extranjeros, dí un pasaporte á la condesa de Survilliers, á la sazon en Bruselas, para venir á París á cuidar á uno de sus parientes que estaba enfermo. Veinte veces he pedido la revocacion de esas leyes de persecucion: veinte veces he dicho á Luis XVIII que querria ver al duque de Reichstadt capitan de sus guardias, y la estátua de Napoleon otra vez en lo alto de la columna de la plaza de Vendome. Como ministro y como embajador he prestado todos los servicios que he podido á la familia Bonaparte. Asi es como yo he comprendido ámpliamente la monarquía legítima: la libertad puede mirar la gloria de frente. Embajador en Roma, autoricé á mis secretarios y agregados para presentarse en el palacio de la duquesa de Saint-Leu, é hice desaparecer la separacion establecida entre franceses que conocieron igualmente la adversidad. Escribí al cardenal Fesch invitándole á unirse á los cardenales que debian reunirse en mi casa; le manifesté mi pesar por las medidas políticas que se habia creido deber tomar; le recordé la época en que yo habia formado parte en su mision cerca de la Santa Sede, y rogué á mi antiguo embajador que honrase con su presencia el banquete de su antiguo secretario de embajada. Recibí de él esta respuesta, llena de dignidad, discrecion y decoro.

«Palacio Falconieri 4 de mayo de 1829.

»El cardenal Fesch se muestra altamente reconocido á la obsequiosa invitacion de Mr. de Chateaubriand; pero su posicion á su regreso á Roma le aconsejó abandonar el mundo y hacer una vida separada de cualquiera otra sociedad extraña á su familia. Las circunstancias que se siguieron le demostraron que semejante partido era indispensable para su tranquilidad, y no garantizándole las dulzuras del momento de los sinsabores del porvenir, se ve obligado á no mudar de modo de vivir. El cardenal Fesch ruega á Mr. de Chateaubriand que esté convencido de que nada iguala á su reconocimiento y de que con harto sentimiento no irá á casa de S. E. con la frecuencia que desearia.

»El humildísimo etc.

»CARDENAL FESCH.»

La frase del anterior billete *no garantizándole las dulzuras del momento de los sinsabores del porvenir*, hace alusion á la amenaza de Mr. de Blacas, que habia dado órden de arrojar al cardenal Fesch por la escalera abajo si se presentaba en la embajada de Francia. Monsieur de Blacas olvidaba demasiado que no siempre habia sido tan gran señor. Yo, que para ser, no lo que puedo, lo que debo ser en la actualidad, me recuerdo sin cesar mi pasado, he procedido de distinta manera con el arzobispo de Lyon; las pequeñas diferencias que existieron en otro tiempo entre él y yo en Roma me obligaron á miramientos tanto mas respetuosos, cuanto que me hallo á mi vez en el partido triunfante y él en el partido caido.

Por su parte, el príncipe Gerónimo me hizo el honor de reclamar mi intervencion, enviándome copia de una exposicion que dirigió al cardenal secretario de Estado. Me dice en su carta:

«El destierro es bastante horrible en su principio como en sus consecuencias para que esa generosa Francia, que lo ha visto nacer (al príncipe Gerónimo); esa Francia, que posee todas sus afecciones, y á quien ha servido por espacio de veinte años, quiera agravar su situacion permitiendo á cada gobierno abusar de lo delicado de su situacion.

»El príncipe Gerónimo de Montfort, confiando en la lealtad del gobierno francés y en el carácter de su noble representante, no vacila en juzgar que se le hará justicia.

»Aprovecho esta ocasion, etc.

»GERÓNIMO.»

A consecuencia de esta invitacion envié una nota confidencial al secretario de Estado, el cardenal Bernetti, que termina con estas palabras:

«Habiéndole parecido al infrascrito fundados en derecho y en razon los motivos expuestos por el príncipe Gerónimo de Montfort, no ha podido rehusar la intervencion de sus buenos oficios al reclamante, persuadido de que el gobierno francés verá siempre con sentimiento agravar con medidas suspicaces el rigor de las leyes políticas.

»El infrascrito daria un valor especial á obtener en esta circunstancia el poderoso interés de S. E. el cardenal secretario de Estado.

»CHATEAUBRIAND.»

Al mismo tiempo contesté al príncipe Gerónimo lo siguiente:

«Roma 9 de mayo de 1829.

»El embajador de Francia cerca de la Santa Sede ha recibido copia de la nota que el príncipe Gerónimo de Montfort le ha hecho el honor de enviar, y apresurándose á darle gracias por la confianza que se ha dignado manifestarle, considerará como un deber el apoyar cerca del secretario de Estado de Su Santidad las justas reclamaciones de su alteza.

»El vizconde de Chateaubriand, que ha estado tambien desterrado de su patria, se tendria por muy dichoso en poder suavizar la suerte de los franceses que se hallan bajo la severidad de una ley política. El hermano desterrado de Napoleon, dirigiéndose á un emigrado borrado en otro tiempo de la lista de los proscriptos por el mismo Napoleon, es uno de esos juegos de la fortuna que debia tener por testigo las ruinas de Roma.

»El vizconde de Chateaubriand tiene el honor, etc.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 4 de mayo de 1829.

»He tenido el honor de deciros en mi carta de 30 de abril, acusando el recibo de vuestro despacho número 25, que el papa me habia recibido en audiencia particular el 29 de abril á las doce del dia. Me ha parecido que Su Santidad goza de completa salud; me hizo sentar á su presencia, y me retuvo sobre unos cinco cuartos de hora. El embajador de Austria habia tenido antes que yo una audiencia pública para entregar sus nuevas credenciales.

»Al salir del despacho de Su Santidad en el Vaticano bajé á casa del secretario de Estado, y abordando francamente la cuestion, le dije:—«Vamos, ya veis cómo os tratan nuestros periódicos: *sois austriaco*; *detestais á la Francia*; quereis jugarle malas pasadas... ¿qué debo pensar de todo eso?»

»Encogióse de hombros, y me respondió:—«Vuestros periódicos me hacen reir; no puedo convenceros con mis palabras, si no estais convencido; pero ponedme á prueba, y vereis si no amo á Francia y si no hago lo que me pidais en nombre de vuestro rey.» Creo sincero al cardenal Albani, señor conde; tiene una profunda indiferencia en asuntos religiosos; no es sacerdote, y hasta ha pensado en dejar la púrpura, y casarse: no quiere á los jesuitas, porque le incomodan con el ruido que hacen; es perezoso, gloton y muy amante de toda clase de placeres: el tedio que le inspiran los despachos y las cartas pastorales le hacen muy poco favorable á la causa de los autores de aquellas cartas y aquellos despachos: este anciano de ochenta años quiere morir en paz y gozando.

«Tengo el honor, etc.»

PIO VII.

10 de mayo de 1829.

Visito con frecuencia el Monte-Cavallo: la soledad de sus jardines se aumenta con la soledad de la campiña romana que la vista va á buscar por encima de Roma subiendo la orilla derecha del Tiber. Los jardineros son amigos mios: varias arboledas conducen á la Panetería; pobre alquería cuyos habitantes son indigentes y pacíficos como los papas actuales. Mirando abajo desde lo alto de los terrados del recinto Quirinal, se divisan en una calle estrecha mujeres que trabajan en las ventanas de los diferentes pisos: las unas bordan y las otras cardan en el silencio de aquel barrio retirado. Las celdas de los cardenales del último cónclave no me excitan el menor interés. Cuando estaba edificándose San Pedro, y se encargaban obras maestras á Rafael, y los reyes venian al mismo tiempo á besar la sandalia del pontífice, habia algo digno de atencion en el pontificado temporal. Veria con gusto el alojamiento de un Gregorio VII, de un Sixto V, como buscaria la fosa de los Leones en Babilonia; pero oscuros agujeros abandonados de una oscura compañía de septuagenarios solo me representan aquellos *colombarii* de la antigua Roma, vacíos hoy de sus cenizas y de donde ha volado una familia de muertos.

Paso, pues, rápidamente de las celdas ya medio derruidas para pasearme en los salones del palacio: allí todo me habla de un suceso de que no se halla vestigio sino remontando hasta Sciarra Colonna, Nogaret y Bonifacio VIII.

Mi primero y mi último viaje á Roma se entrelazan por recuerdos de Pio VII, cuya historia he referido al

hablar de Mad. de Beaumont y de Bonaparte. Mis dos viajes son dos pechinas diseñadas bajo la bóveda de mi monumento. Mi fidelidad á la memoria de mis antiguos amigos debe inspirar confianza á los que aun me quedan: nada desciende para mí á la tumba: todo lo que he conocido vive á mi alrededor: segun la doctrina india, la muerte, al tocarnos, no nos destruye, sino solo nos hace invisibles.

Al conde de Portalis.

«Roma 7 de mayo de 1829.

»Señor conde: Recibo al fin por medio de monsieures Desgranges y Franqueville vuestro despacho número 25. Este despacho, redactado por algun escribiente de poca educacion del ministerio de Negocios Extranjeros, no era el que debia aguardar despues de los servicios que habia tenido la dicha de prestar al rey durante el cónclave; y sobre todo, hubiera debido tenerse un tanto en cuenta la persona á quien iba dirigido. Ni una palabra atenta para Mr. Bellocq, que ha obtenido tan escasos documentos; nada sobre la peticion que hacia yo en su favor; inútiles comentarios sobre el nombramiento del cardenal Albani; nombramiento hecho en el cónclave, y que de consiguiente nadie pudo prever ni evitar; nombramiento sobre el cual no he cesado de enviar aclaraciones. En mi despacho número 34, que sin duda habreis recibido ya, os presento todavía un medio muy sencillo de desembarazaros de ese cardenal, si tanto es el miedo que infunde á la Francia; y ese medio estará ya gran parte ejecutado cuando recibais esta carta: mañana me despido de Su Santidad, entrego mi embajada á Mr. Bellocq, como encargado de negocios, con arreglo á las instrucciones de vuestro despacho núm. 24, y marcho á París.

»Tengo el honor, etc.»

Este último billete es agrio, y termina bruscamente mi correspondencia con Mr. de Portalis.

A Mad. Recamier.

«14 de mayo de 1829.

»Mi marcha está fijada para el 16. Cartas de Viena recibidas esta mañana anuncian que Mr. de Laval ha rehusado el ministerio de Negocios Extranjeros: ¿será esto cierto? Si se atiene á esta primer renuncia, ¿qué sucederá? Dios lo sabe. Espero que todo quede resuelto antes de mi llegada á París. Se me figura que estamos atacados de paralisis, y que solo tenemos libre la lengua.

»¿Creeis que yo llegaria á entenderme con Mr. de Laval? Lo dudo. Estoy dispuesto á no entenderme con nadie. Iba á llegar con las disposiciones mas pacíficas, y esa gente se empeña en suscitarme rencillas. Mientras tuve probabilidades de ser ministro, no habia bastantes elogios ni lisonjas para mí en los despachos: el dia en que la plaza fue ocupada, ó se ha creido ocupada al menos, me anuncian secamente el nombramiento de Mr. de Laval en el despacho mas impolítico y necio á la vez; pero para ser tan chavacano é insolente de un correo á otro, era preciso tener un tanto en cuenta la persona á quien se escribia, y Mr. de Portalis habrá caido en ello por unas cuantas palabras que le envié en respuesta estos últimos dias. Es muy posible que no haya hecho mas que firmar sin leer, como Carnot firmaba, por confianza, centenares de ejecuciones de muerte.»

PRESUNCION.

El amigo del gran L'hopital, el canciller Olivier, en su lengua del siglo XVI, que desafiaba á la honradez, compara á los franceses con las monas que gatean á la cima de los árboles y no cesan de subir hasta que han llegado á la rama mas alta, para enseñar lo que deben ocultar. Lo que ha pasado en Francia desde 1789 hasta nuestros dias prueba la exactitud del simil: cada hombre, al subir hácia la cima de su vida, es tambien el mono del canciller, y concluye por exponer sin reparo sus debilidades á los transeuntes. Al término de mis despachos me siento acometido del deseo de gloriarme: los grandes hombres que pululan en la actualidad demuestran que hay engaño en no proclamar uno mismo su inmortalidad.

¿Habeis leido en los archivos del ministerio de negocios Extranjeros las correspondencias diplomáticas relativas á los sucesos mas importantes en la época de esos sucesos? — No.

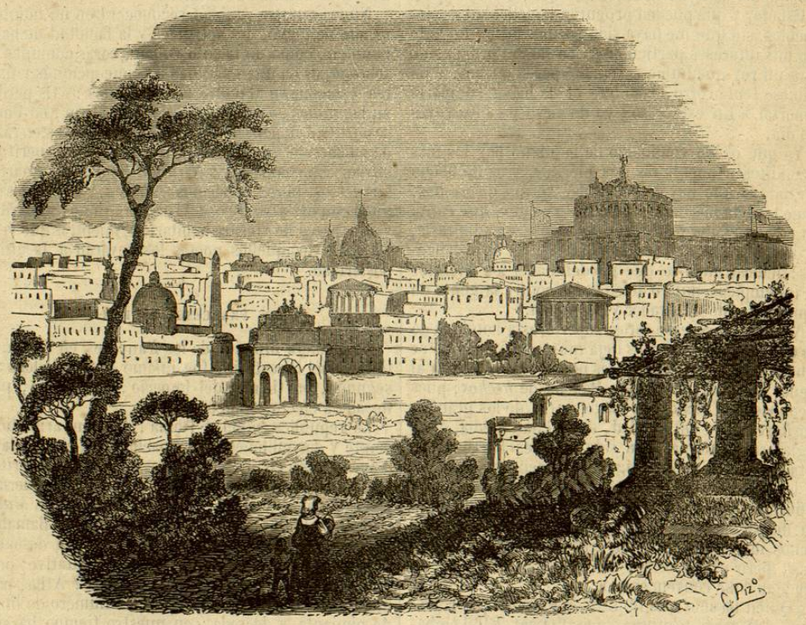
¿Habeis leido, al menos, las correspondencias impresas? ¿Conoceis las negociaciones de Du Bellay, de E'Ossat, de Du Perron, del presidente Jeannin, las memorias de Estado de Villeroy, las economías reales de Sully? ¿Habeis leido las memorias del cardenal de Richelieu, una porcion de cartas de Mazarino, los documentos relativos al tratado de Westfalia, á la paz de Munster? ¿Conoceis los despachos de Barillon sobre los asuntos de Inglaterra? ¿No os son extrañas las negociaciones para la sucesion de España, ni desconocido el nombre de la princesa de los Ursinos? ¿Habeis pasado la vista por el pacto de Mr. de Choiseul, y conoceis á Jimenez, Olivares y Pombal, á Hugo Grocio sobre la libertad de los mares, sus cartas á los dos Oxenstiern, las negociaciones del gran pensionario de Witt con Pedro Grocio, hijo segundo de Hugo, y por último, la coleccion de los tratados diplomáticos? —No.

¿De modo que nada habeis leido de esas sempiternas elucubraciones? Pues bien, leedlas, y cuando lo hayais hecho, recorred mi guerra de España, cuyo éxito os incomoda, no obstante ser el primer título para contarme entre los hombres de Estado; tomad mis despachos de Prusia, de Inglaterra y de Roma, y ponedlos al lado de los otros despachos que os indico; entonces, con la mano sobre la conciencia, decid cuáles son los que os incomodan mas; si mis trabajos y los de mis antecesores no son en un todo semejantes, y si la inteligencia de las cosas pequeñas y de lo *positivo* no se halla tan manifiesta por mi parte como por la de los ministros pasados y de los difuntos embajadores.

En primer lugar notareis que todo lo abarco; que me ocupo de Reschid-bajá y de Mr. de Blacas; que defiendo contra todo el mundo mis privilegios y mis derechos de embajador de Roma; que soy cauteloso, falso (cualidad eminente), fino, hasta el punto de que habiéndome escrito Mr. de Funchal en una posicion equívoca, no le respondí, y fuí á verle por una política astuta, á fin de que no pueda enseñar una línea mia, y quede, sin embargo, satisfecho. Ni una palabra imprudente puede reprendérseme en mis conversaciones con los cardenales Bernetti y Albani, los dos secretarios de Estado; nada se me escapaba; desciendo hasta las mas pequeñas minuciosidades, y restablezco la contabilidad en los asuntos de los franceses en Roma de un modo tal, que todavía subsiste sobre las mismas bases que puse. Con una mirada de águila noto que el tratado de la Trinidad del Monte entre la Santa Sede y los embajadores Laval y Blacas es abusivo, y que ninguna de las dos partes habia tenido derecho para hacerlo. Subiendo desde allí mas arriba, y llegando á la alta diplomacia, tomo sobre mi responsabilidad dar la exclusion á un cardenal, porque un ministro de Negocios Extranjeros me tenia sin instrucciones, y me exponia á ver nombrar papa á una hechura del Austria. Me procuro el diario secreto del cónclave, cosa que ningun embajador habia podido obtener nunca, y envió dia por dia la lista nominal de los escrutinios. No descuido la familia de Bona-

parte, y no desespero de inducir con ciertas atenciones al cardenal Fesch á dar su dimision del arzobispado de Lyon. Si se mueve algun *carbonario*, al punto lo sé, y juzgo de la mayor ó menor verdad de la conspiracion: si algun eclesiástico intriga, lo sé, y frustro los planes que se habian fraguado para alejar á los cardenales del embajador de Francia. Por último, descubro que el cardenal Latil deposita un secreto importante en el seno del penitenciario mayor. ¿Estais satisfecho? ¿Es hombre ese que sabe su oficio? Pues bien, yo hacia todo ese trabajo diplomático como cualquier embajador que viniera, sin que me costase una sola idea, lo mismo que un aldeano de la baja Normandía hace zapatos mientras guarda su rebaño: mi rebaño eran mis sueños.

Considérese ahora bajo otro punto de vista: si se comparan mis cartas oficiales con las cartas oficiales de mis predecesores, se verá que en las mias se tratan tanto los asuntos generales como los particulares; que me veo arrastrado por el carácter de las ideas de mi siglo á una region mas elevada del espíritu humano. Esto puede notarse especialmente en el despacho en que hablo á Mr. de Portalis del estado de la Italia, en donde muestro el desprecio de los gabinetes que miran como conspiraciones particulares lo que no es mas que el desarrollo de la civilizacion. La *Memoria sobre la guerra de Oriente* expone tambien verdades de un órden político que salen de las vias comunes. He hablado con dos papas de otras cosas que de intrigas de gabinete, obligándoles á hablar conmigo de religion, de libertad, de los destinos futuros del mundo. Mi discurso pronunciado al postigo del cónclave tiene el mismo carácter. Me atreví á decir á hombres ancianos que avanzasen y pusieran la religion al frente de la marcha de la sociedad.



VISTA DE ROMA.

Lectores, aguardad á que haya terminado mis elogios para llegar despues al objeto, á la manera del filósofo Platon, dando vueltas á su idea. He venido á ser el anciano Sidrac; la edad me alarga el camino. Muchos escritores de nuestros dias tienen la manía de desdeñar su talento literario por seguir su talento político, estimándole en mucho mas que al primero. A Dios gracias, me domina el instinto contrario, y hago poco caso de la política, por la misma razon de haber sido afortunado en este juego. Para ser hombre superior en negocios no hay que tratar de adquirir cualidades, sino de perderlas. Yo reconozco en mí descaradamente la aptitud para las cosas positivas, sin hacerme la menor ilusion sobre el obstáculo que en mí se opone á un éxito completo. Ese obstáculo no proviene de la musa, sino de mi indiferencia por todo. Con este defecto es imposible hacer nada completo en la vida práctica.

La indiferencia, lo confieso, es una cualidad de hombres de Estado; pero de hombres de Estado sin conciencia. Hay que saber mirar cualquier suceso con ojos enjutos; tragar culebras como si fuesen malvasía; no hacer caso con respecto á los demás de moral, justicia ni padecimientos, con tal de que en-

medio de las revoluciones sepa uno hallar su fortuna particular. Porque á esos espíritus trascendentales, el accidente, bueno ó malo, tiene que traerles algo, y debe hacer negocio con un trono, con un ataud, con un juramento ó con un ultraje; la tarifa está marcada por los Mionnet de las catástrofes y de las afrentas; yo no soy inteligente en esta numismática. Desgraciadamente es doble mi indolencia, y no tengo mas afan por mi persona que por el hecho. El desprecio del mundo provenia á San Pablo, ermitaño, de su fe religiosa; el desden de la sociedad procede en mí de mi incredulidad política. Esa incredulidad me encumbraria grandemente en una esfera de accion, si mas cuidadoso de mi necio individuo supiese al mismo tiempo humillarlo y vestirlo. Por mas que hago, nunca paso de ser un pobre hombre sencillamente obtuso y enteramente desnudo, sin saber arrastrarme ni coger.

D'Andilly, al hablar de sí propio, parece haber pintado un lado de mi carácter. «Nunca he tenido, dice, ninguna ambicion, por tener demasiada, no pudiendo sufrir esa dependencia que encierra en límites tan estrechos los efectos de la inclinacion que Dios me ha dado hácia cosas grandes, gloriosas para el Estado, y que pueden procurar la felicidad de los pueblos, sin que me haya sido posible mirar en todo eso mis intereses particulares. Yo no era propio sino para un rey que hubiese reinado por sí mismo, y no hubiese tenido otro deseo que el de hacer su gloria inmortal.» En este caso, yo no sirvo para los reyes del dia.

Ya que os he conducido de la mano por los mas recónditos senderos de mis méritos, y os he hecho ver todo lo que hay de particular en mis despachos, como uno de mis camaradas del Instituto, que canta sin cesar su fama y enseña á los hombres á admirarle, os diré á lo que quiero venir á parar con mis alabanzas: demostrando lo que pueden hacer los literatos en los empleos, quiero defenderlos contra la gente de diplomacia, de mostrador y de oficina.

No vayan á creerse estos superiores á hombres de los que el mas inferior los deja muy atrás: cuando se sabe tanto, como los señores positivos, se deberia al menos no decir necedades. Hablais de *hechos*; pues reconoced los *hechos*: la mayor parte de los grandes escritores de la antigüedad, de la edad media, de la Inglaterra moderna, han sido grandes hombres de Estado, cuando se han dignado descender al manejo de los asuntos. «No quise darles á entender, dijo Alfieri, rehusando una embajada, que su diplomacia sin despachos me parecia y era realmente para mí menos importante que mis tragedias ó las de los demás; pero es imposible convencer á esa gente: ni puede ni debe convencerse.»

¿Quién ha sido mas literato en Francia que L'hopital, el Horacio póstumo, que D'Ossat, hábil embajador; que Richelieu, esa robusta cabeza que, no contenta con dictar *tratados de controversia* y redactar *memorias* é *historias*, inventaba sin cesar cuentos dramáticos, rimaba con Malleville y Boisrobert, y daba á luz con el sudor de su frente la Academia y la *gran pastoral*? ¿Fue acaso buen ministro por haber sido mal escritor? Pero la cuestion no es del mayor ó menor talento, sino de la pasion por la tinta y el papel; pues bien, jamas Mr. de l'Empiree mostró mayor ardor ni hizo mas gastos que el cardenal por arrebatar la palma del Parnaso, hasta el punto de costarle la representacion de su *tragi-comedia* de *Piramo* doscientos mil escudos. Si en un personaje político y literato á la vez la medianía del poeta constituyese la superioridad del hombre de Estado, seria preciso inferir que la debilidad del hombre de Estado era resultado de la energía del poeta: sin embargo, ¿el genio de las letras destruyó el genio político de Solon, elegíaco igual á Simonides; de Pericles, que robaba á las musas la elocuencia con que subyugaba á los atenienses; de Thucidides y Demóstenes, que tanto encumbraron la gloria del escritor y del orador, al paso que consagraban sus dias á la guerra en la plaza pública? ¿Destruyó el genio de Jenofonte, que efectuaba la retirada de los diez mil, pensando en la Ciropedia; de los dos Escipiones, amigo el uno de Lelio y asociado el otro á la fama de Terencio; de Ciceron, el rey de las letras, como era padre de la patria; de César, en fin, autor de obras de gramática, astronomía, religion y literatura; de César, rival de Arquíloco en la sátira de Sófocles en la tragedia; de Demóstenes en la elocuencia, y cuyos comentarios son la desesperacion de los historiadores?

A pesar de estos ejemplos y otros infinitos, el talento literario, evidentemente el primero de todos, porque no excluye ninguna otra facultad, será siempre en este país un obstáculo al adelanto político: ¿para qué sirve, en efecto, una elevada inteligencia? Absolutamente para nada. Los necios de Francia no conceden nada á los Grocios, á los Federicos, á los Bacon, á los Tomás Moro, á los Spencer, á los Falkland, á los Clarendon, á los Bolingbroke, á los Burke y á los Canning de Francia.

Nunca nuestra vanidad reconocerá en un hombre, ni aun de genio, dos aptitudes y la facultad de hacer tambien, como un talento vulgar, cosas comunes. Si sobrepujais en una sola línea las concepciones vulgares, exclamarán al punto mil imbéciles: «Os perdeis en las nubes,» encantados de vivir abajo, en donde se obstinan en pensar. Esos pobres envidiosos, en razon de su secreta miseria, se rebelan contra el mérito, y envian con compasion á Virgilio, Racine ó Lamartine sus versos. Pero, soberbios señores, ¿á dónde se os puede enviar á vosotros? Al olvido, que os aguarda á veinte pasos de vuestra habitacion, mientras que veinte versos de aquellos poetas los llevarán á la última posteridad.

LOS FRANCESES EN ROMA.

La primera invasion de los franceses en Roma, en tiempo del Directorio, fue infame y espoliadora: la segunda, en tiempo del Imperio, fue inicua; pero llevada á efecto, reinó el órden.

La república pidió á Roma, por un armisticio, veinte y dos millones, la ocupacion de la ciudadela de Ancona, cien cuadros y estátuas, y cien manuscritos, á eleccion de los comisionados franceses. Queríase especialmente tener el busto de *Bruto* y el de *Marco Aurelio*: ¡tantos eran los que entonces se llamaban *Bruto* en Francia! Y era muy sencillo que deseasen poseer la piadosa imágen de su padre putativo; pero Marco Aurelio, ¿de quién era pariente? Atila, para alejarse de Roma, solo pidió cierto número de libras de pimienta y de seda: en nuestro tiempo ha sido rescatada por un momento con cuadros. Grandes artistas, muchas veces descuidados y desgraciados, han dejado sus obras maestras para servir de rescate á las ciudades ingratas que no habian sabido apreciarlos.

Los franceses del Imperio tuvieron que reparar los estragos que habian hecho á Roma los franceses de la República: tambien debian una expiacion á aquel saqueo de Roma, efectuado por un ejército que conducia un príncipe francés: tocaba á Bonaparte poner órden en ruinas que otro Bonaparte habia visto aumentar, y cuyo hundimiento habia él descrito. El plan que siguió la administracion francesa para desembarazar el foro fue el que Rafael habia propuesto á Leon X: hizo salir de la tierra las tres columnas del templo de Júpiter tonante; puso de manifiesto el pórtico del templo de la Concordia; descubrió el suelo de la via sacra; hizo desaparecer las nuevas construcciones de que estaba lleno el templo de la paz; quitó las tierras que cubrian la gradería del coliseo; vació la arena del interior, é hizo reaparecer siete ú ocho salas de los baños de Tito.

Por otra parte fue esplorado el foro de Trajano; se reparó el panteon, las termas de Diocleciano, y el templo de la Pudicidad patricia. Asignáronse fondos para reparar fuera de Roma las murallas de Faleria y el sepulcro de Cecilia Metella.

Continuáronse las obras de conservacion para los edificios modernos: San Pablo el del campo, que ya no existe, vió reparar su techumbre; Santa Inés, San Martino al Monti, fueron protegidos contra el tiempo. Se rehizo parte de los techos y suelos de San Pedro; estableciéronse pararayos para proteger la cúpula de Miguel Angel: marcóse el sitio para dos cementerios, al Este y al Oeste de la ciudad; y el del Este, junto al convento de San Lorenzo, quedó terminado.

El Quirinal cubrió su indigencia interior con el lujo de los pórfiros y de los mármoles romanos: designado para palacio imperial, Bonaparte, antes de habitarlo, quiso hacer desaparecer de él los vestigios del rapto del pontífice, cautivo en Fontainebleau. Teníase proyectada echar abajo la parte de la ciudad situada entre el Capitolio y Monte-Cavallo, á fin de que el vencedor subiese por una inmensa avenida á su morada cesárea: los sucesos hicieron desaparecer esos sueños gigantescos, destruyendo enormes realidades.

Entre los proyectos formados se contaba el de construir una serie de malecones desde Ripetta hasta Ripa grande: estos malecones habian de estar plantados: los cuatro islotes de casas entre el castillo de San Angelo y la plaza Rusticucci estaban comprados en parte y debian ser demolidos. De ese modo habria quedado abierto un ancho paseo sobre la plaza de San Pedro, que hubiera podido verse desde el pié del castillo de San Angelo.

Los franceses hacen paseos en todas partes: en el Cairo he visto una gran plaza que plantaron de palmeras y rodearon de cafés, á los que dieron nombres tomados de los cafés de París: en Roma mis compatriotas crearon el Pincio, al que se sube por una rampa. Al bajar dicha rampa vi el otro dia pasar un carruaje, en el que iba una mujer, jóven todavía: en sus blondos cabellos, su poco garbo y la poca elegancia de su belleza, me pareció una gruesa y blanca extranjera de la Westfalia: era la señora Guiccioli: nada podia estar menos en armonía con el recuerdo de lord Byron. ¿Qué importa? La hija de Rávena (de quien por lo demás estaba cansado cuando tomó el partido de morir) no dejará de ir á colocarse en el Elíseo, conducida por la musa y á aumentar las divinidades de la tumba.

La parte occidental de la Plaza del Pueblo debia ser plantada en el espacio ocupado ahora por corralones y almacenes, y desde el extremo del Corso habia de verse el Capitolio, el Vaticano y San Pedro, mas allá de los malecones del Tíber; es decir, Roma antigua y Roma moderna.

Por último, al oriente del Coliseo se eleva hoy un bosque de creacion francesa: jamás se encuentra á nadie en él, y aunque se ha hecho grande, parece una maleza que crece al pié de una gran ruina.

Plinio el Jóven escribia á Máximo:

«Os envian á Grecia, en donde ha tenido orígen la urbanidad, las letras y hasta la agricultura misma. Respetad á los dioses, sus fundadores, la presencia de esos dioses; respetad la antigua gloria de aquella nacion y la vejez sagrada en las ciudades, como es venerable en los hombres: tributad homenaje á sus antigüedades, á sus célebres hazañas, hasta á sus mismas fábulas. Nada emprendais contra la dignidad, la libertad ni aun la vanidad de nadie.

«Tened de continuo presente que hemos tomado nuestro derecho de ese país; que no hemos impuesto leyes á ese país despues de haberlo vencido, sino que nos ha dado las suyas despues de habérselo suplicado. En Atenas, en Lacedemonia es donde debeis mandar: seria una inhumanidad, una crueldad y una barbarie quitarles la sombra y el nombre de libertad que les quedan.»

Cuando Plinio escribia estas nobles y tiernas palabras á Máximo, ¿sabia que estaba redactando instrucciones para pueblos bárbaros entonces que llegarian un dia á dominar sobre las ruinas de Roma?

PASEOS.—MI SOBRINO CRISTIAN DE CHATEAUBRIAND.

Voy á dejar muy pronto á Roma, y espero volver á ella. Amo de nuevo con pasion á esa Roma tan triste y tan bella: tendré un panorama en el Capitolio, en donde el ministro de Prusia me cederá el pequeño palacio Cafarelli: en San Onofre me he procurado otro retiro. En tanto que llega mi marcha y mi vuelta, no ceso de vagar por el campo: no hay camino entre dos vallados que no conozca mejor que los senderos de Combourg: desde lo alto del monte Mario y de las colinas inmediatas descubro el horizonte del mar hácia Ostia, y descanso bajo los ligeros y ruinosos pórticos de la villa Madama. En aquellas arquitecturas transformadas en alquerías no encuentro las mas veces mas que alguna muchacha agreste, huraña y triscadora como sus cabras. Cuando salgo por la puerta Pia voy al puente *Lamentano* sobre el Teverone, y admiro de paso en Santa Inés una cabeza de Jesucristo por Miguel Angel, que guarda el convento casi abandonado. Las grandes obras de los grandes maestros, diseminadas así por el desierto, llenan el alma de una profunda melancolía. Me desconsuela que hayan reunido los cuadros de Roma en un museo: hubiera tenido mas placer en buscar la *Transfiguracion* en el monasterio de Recoletos de San Pedro *in Montorio*: por las pendientes del Janículo bajo la cascada de l' *Agua Paola*, y á través de la solitaria calle *delle Fornaci*. Cuando uno mira el sitio que ocupaba en el altar mayor de la iglesia el ornamento de los funerales de Rafael, no puede menos de sentir lleno de tristeza su corazon.

Mas allá del puente *Lamentano* se extienden á la izquierda hasta el Tíber praderas amarillentas: el rio que bañaba los jardines de Horacio pasa desconocido por ellos. Al seguir el camino real se encuentra el suelo de la antigua via Tiburtina. Este año he visto llegar á ella la primer golondrina.

Voy á herborizar al sepulcro de Cecilia Metella: el reseda hondeado y la anémona apenina causan un dulce efecto sobre la blancura de la ruina y del suelo. Por el camino de Ostia me dirijo á San Pablo, presa últimamente de un incendio; descanso sobre algun pórfido calcinado, y contemplo á los trabajadores que reconstruyen en silencio una nueva iglesia: ya me habian enseñado algunas columnas bosquejadas en la bajada del Simplon: toda la historia del cristianismo en Occidente principia en *San Pedro el del campo*.

En Francia, cuando construimos alguna bicoca, hacemos un ruido espantoso: porcion de máquinas y multitud de hombres y de gritos. En Italia se emprenden cosas inmensas casi sin moverse nadie. El papa está haciendo en los momentos actuales reconstruir la parte derruida del Coliseo: media docena de mozos levantan sin andamiadas el coloso sobre cuyos hombros murió una nacion cambiada en obreros esclavos. Cerca de Verona me he detenido muchas veces á contemplar á un cura que estaba construyendo por sí solo un enorme campanario: el arrendatario de la parroquia era el albañil.

Muchas veces doy la vuelta de las murallas de Roma á pié; al recorrer ese camino de la ronda leo la historia de la reina del universo pagano y cristiano, es-